Universidad Anáhuac
Coordinación General de Humanidades
Fe y Mundo Contemporáneo
Semestre 2002 40
L.C.R. Carlos Alberto Jardón

TEMA 3. ¿POR QUE TANTAS SECTAS?

Juan Bosch, O.P.
http://www.dominicos.org/estudiar/esrel1/cur3/gralsectas.htm

Nuestro tema tercero debe iniciarse con una palabra sobre el actual horizonte religioso, en el que está encuadrado el fenómeno sectario, y otra sobre el marco más amplio de las sociedades que forman el complejo mundo en que nos movemos. La justa correlación del fenómeno sectario, del hecho religioso y de la realidad social forman como el preámbulo necesario para intentar una respuesta al título que encabeza este tercer tema, ¿por qué tantas sectas?.

1.- La crisis de la religión y la crisis de la Modernidad.

1.1. La crisis religiosa en el horizonte de la Modernidad.

Sólo desde una visión muy superficial de la sociedad podría afirmarse que el fenómeno religioso está a punto de extinguirse. Más bien hay indicios de todo lo contrario. Harold W. Turner, sociólogo de Birmingham, llega a afirmar: "Estoy dispuesto a ofrecer la siguiente tesis: que el mundo nunca ha visto mayor innovación y creatividad religiosa que durante la segunda parte de nuestro siglo".

Este resurgimiento o retorno a lo sagrado, al que asistimos algo incrédulos, esté cargado, sin embargo, de ambigüedades. Sólo los más jóvenes y militantes discípulos de Feuerbach, de Marx o de Freud -por citar algunos de los grandes maestros- podrían atreverse a afirmar sin sonrojo que el hecho religioso está *superado* por la secularización, o que está *en vías de extinción* por la nueva cosmovisión atea, o que ha sido *sustituido* de hecho por una ciencia ilustrada que resuelve todos los enigmas del ser humano ante los que la religión se siente incapaz de dar una respuesta coherente.

Las cosas no son tan simples como pretenden algunos. No se trata aquí, sin embargo, de polemizar sobre el fondo del legado filosófico que dejaron estos grandes maestros de la sospecha y que tanta influencia han ejercido en la historia del pensamiento de los dos últimos siglos. Nuestros interrogantes se suscitan, más bien, ante la falta de análisis crítico que demuestran sus más jóvenes discípulos incapaces de comprobar la realidad de los años ochenta y noventa que viene a desmentir algunas de las tesis tan bellamente expuestas hace... cien, ciento veinte, ciento cincuenta años por sus ilustres maestros.

Los vientos corren hoy en otras direcciones. El hecho de que algunas de sus teorías sobre la religión no se hayan visto corroboradas, no significa sin más que la religión pase hoy por los momentos más gloriosos de su historia multisecular, o que la no evidencia de las tesis de Feuerbach, Marx o Freud posibiliten al hombre religioso a cantar victoria a bombo y platillo. El fenómeno religioso atraviesa hoy preocupantes avatares - y no es el menor el de la indiferencia religiosa práctica en enormes espacios del mundo occidental-, pero difícilmente podríamos concluir de todo ello como hecho demostrado o demostrable el desarraigo total del corazón humano del deseo de trascendencia y sus manifestaciones sensibles que constituyen precisamente el núcleo de la religión.

La sociedad de Occidente se vertebra hoy por una serie de elementos analizados por los sociólogos de renombre. Peter Berger enseña que la *producción científico-técnica* y la *burocracia de la administración del Estado moderno* constituyen como las instancias básicas que definen nuestras sociedades modernas. J. Habermas dictamina que para la correcta comprensión de nuestra sociedad deben tenerse en cuenta los *análisis económicos, políticos y culturales*. Y D. Bell, por su parte, añadirá como centro básico el actual *pluralismo cultural* al que tanto contribuye la

red de los *mass media*, sin los cuales no podrían explicarse las complejas interrelaciones que definen a la sociedad actual.

No aparece, en los mejores análisis sociales, el componente religioso como definitorio de la estructuración básica de nuestras sociedades. Pero esto no permite hablar de su *eliminación,* sino de su *desplazamiento*. Habrá que hablar, ciertamente, de *crisis religiosa*, incluso de *crisis espiritual,* o *crisis de valores* por la que pasa nuestro época.

Esto es un hecho no secreto. La crisis es resultado del fenómeno llamado *modernidad* que se inicia, tímidamente, en el Renacimiento y que llega a su mayoría de edad durante los siglos XVII y XVIII, definiéndose por la nueva y desmedida confianza que el hombre concede a la razón y a la ciencia, al nacionalismo y al imperialismo, en definitiva al dominio del hombre sobre el mundo.

1.2. La crisis de la Modernidad.

Pero la *Modernidad* -dicho muy rápidamente- es un fenómeno pluridimensional. Muchas de sus tesis no se han visto corroboradas, algunos de sus proyectos han quedado hecho añicos, muchas de las esperanzas que abrigaba el hombre moderno se han visto defraudadas. Quizá sea algo más que un juego de palabras decir que la idea de Dios -que la *Modernidad* quiso arrinconar- ha sido uno, entre otros varios, de los factores que han hecho entrar en crisis a la misma *Modernidad*.

De cualquier forma, un tema que ha suscitado vivo interés entre los sociólogos de la religión es el de la compatibilidad o incompatibilidad de las nuevas sectas con el proceso de secularización que padece la sociedad occidental. Algunos sociólogos, entre ellos Bryan Wilson, formulan la teoría de que los Nuevos Movimientos Religiosos crecen y se desarrollan bajo el impacto de la secularización, aunque este fenómeno no sea precisamente la mejor demostración del vigor de la religiosidad en su sentido más elevado. Los "supermercados espirituales" son más bien signo del deterioro de lo sagrado.

Otros autores, en cambio, saludan la proliferación de las nuevas sectas y grupos religiosos marginales como un triunfo de lo religioso sobre lo secular. Por eso Joseph Fichter afirmará que "es la secularidad, no la religión, la que está en crisis". Y autores como Stark y Bainbridge aseguran que el crecimiento de los nuevos cultos es un signo evidente de que la secularización llega a tocar sus propias limitaciones.

Que la *Modernidad* esté o no en crisis profunda es hoy tema debatido en los foros filosóficos, humanistas y teológicos. Pero la crisis de la Modernidad empieza a ser reconocida por muchos, incluso entre los mejores defensores de la secularización. De cualquier forma esa sociedad moderna, caracterizada "por la producción tecno-económica, la burocracia de la administración pública del Estado moderno y por una cultura pluralista que señala cosmovisiones fragmentadas" ha empezado a tener reacciones muy variadas, algunas sumamente críticas, que cuestionan el sistema en su conjunto. J.Mª. Mardones habla de las "reacciones y contrareacciones" señalando a sus protagonistas como *críticos sociales, postmodernos, neo-conservadores y conservadores*.

Dentro de este amplio espectro de tendencias cuestionadoras del sistema es indudable que dos de ellas gozan de un señalado protagonismo: el pensamiento *postmoderno* y el mundo *neoconservador*. (1) El proyecto *postmoderno* ha recibido atención inusitada. El intento de desenmascarar la estrategia de la modernidad suscita gran audiencia. ¿Qué significan palabras, tan brillantes, como *razón, libertad, justicia, solidaridad, emancipación, liberalismo económico*, después del "Holocausto", después de las invasiones rusas de Budapest, Praga, Polonia?, ¿cómo explicar el abismo cada vez mayor entre el Primer y Tercer Mundo? En realidad -para los postmodernos- el proyecto de la modernidad ha fracasado por sus propias contradicciones.

El mundo (2) neo-conservador, por el contrario, no ataca frontalmente el sistema. Acepta la producción tecno-económica y la burocracia del Estado moderno, pero cuestiona sus excesos en razón de una ética y de unos valores que -en el Occidente- tienen mucho que ver con la tradición judeo-cristiana. El neo-conservadurismo aboga por la necesaria (para algunos imposible) comunión entre el capitalismo económico y la ética puritana. Mardones ha dicho que los "neoconservadores son progresistas mirando a la economía, cautos en las cuestiones político-democráticas y conservadores en los valores y en la cultura". El proyecto neo-conservador cree descubrir la naturaleza de la crisis de la modernidad en la desorientación ético-moral. Y es ahí donde intenta poner remedio. Por eso su solución consiste en la recuperación de la religión como salida de la crisis. Recuperación de la religión -otros la llaman "utilización" o "manipulación"- para asegurar a través de ella la salud del sistema.

1.3. El terreno preparado para el mundo sectario.

¿Cómo repercuten ambas posturas en el terreno religioso, y, en definitiva, qué clase de influjo ejercen en el fenómeno sectario? Si nos guiamos por las intuiciones del pensamiento *postmoderno*, habría que concluir afirmando para siempre el abandono de los grandes ideales y las utopías mendaces de aquellos que durante siglos las emplearon para nada. La desconfianza en la racionalidad y el desengaño ante las instituciones son las actitudes más coherentes del hombre postmoderno. Por eso la sensibilidad postmoderna propicia y favorece la experiencia concreta, lo vivido aquí y ahora, lo sentido y experimentado. Esta sensibilidad -cuando entra en el terreno del espíritu- desconfía en una religión institucionalizada, en una religión que se aproxime a espacios mundanos y políticos. Valora -por el contrario- lo religioso en sus dimensiones exclusivamente trascendentes y extra-mundanas.

La fascinación por el misterio se patentiza en esa "nostalgia monástica" -de la que habla Mardones - y que fomenta el gusto por los retiros, por las casas de oración, por el redescubrimiento del silencio, la meditación y las prácticas orientales del autoconocimiento. Propicia lo concreto, lo local, los vínculos interpersonales, diluyendo -cuando no negando- las afirmaciones universales, "católicas", supracongregacionales. La comunidad local llega a ser el espacio -quizá el único espacio- que posibilita la búsqueda de lo sagrado. Es evidente que las grandes instituciones eclesiales apenas mantienen credibilidad para esta sensibilida postmoderna que prefiere moverse hacia espacios que cultivan lo emocional, lo oculto, lo mistérico.

Pero, ¿no es ese acaso el terreno propicio y abonado en el que se desenvuelven tan fácilmente los grupos sectarios que tanta fascinación ejercen sobre muchos jóvenes de hoy?.

Si nos fijamos en el proyecto neo-conservador , observamos que trata de mantener la salud del sistema moderno a toda costa, pero señalando, a la vez, la crisis cultural y espiritual. Para resolver este desarreglo acude a la religión. Con ello cree devolver el sentido y la credibilidad a un sistema que los había perdido.

A pesar de los innegables valores que encierra este intento, se vislumbran ciertos peligros que, radicalizados, podrían desembocar en *actitudes fundamentalistas*. En su empeño en oponerse a la privatización moderna del fenómeno religioso, corre el riesgo de acentuar de tal manera las propias identidades religiosas e ideológicas que las otras opciones quedan descalificadas. Pero este reagrupamiento confesional es preocupante en un mundo que había alcanzado, como uno de sus mejores logros, la pluralidad religiosa, la convivencia intercultural, la libertad de expresión. Pero las sospechas y suspicacias ante los "otros" ya no demuestran la aceptación del diálogo como uno de los factores de interrelación y riqueza. Significan, por el contrario, la vuelta a los cuarteles de invierno y el repliegue sobre sí mismos que tanto recuerdan las actitudes sectarias.

Es preocupante analizar las líneas de fondo del libro de Gilles Kepel, *La revancha de Dios* porque se adivinan las dosis de intransigencia que todos los neo-conservadores religiosos del cristianismo americano, del Islam o de la fe hebrea alimentan en estos últimos tiempos.

Sería injusto pensar, sin embargo, que la Modernidad es un programa totalmente acabado y que no ha supuesto aportación alguna a la historia occidental. Nada más lejos de la realidad. La modernidad ha ofrecido valores difícilmente superables.

Postmodernos y neoconservadores -lo hemos visto- han señalado cada uno a su manera las contradicciones de la Modernidad y han abonado, también desde sus propios proyectos, el terreno propicio para el surgimiento del fenómeno sectario.

Por eso una pregunta como la de González-Anleo tiene difícil respuesta si se olvida el cuestionamiento que la Modernidad tiene actualmente:

> "¿ Cómo en plena contracultura juvenil, incluso en su versión descafeinada y despolitizada, marcada por el predominio de los valores "libertad", "espontaneidad", "permisividad sexual" y "total rechazo de dogmas y autoridades", pueden tener atractivo y fuerza de retención las nuevas sectas, caracterizadas en muchas ocasiones por auténticos "contravalores" juveniles como la sumisión, la castidad forzosa, la obediencia ciega y la vida reglamentada y cerrada?".

¿La modernidad en entredicho?, ¿se vislumbran acaso brechas en nuestra sociedad -tan secular y secularizada- que hagan posible viejas o nuevas fórmulas religiosas que aparecían, hace sólo unos decenios, condenadas a la esterilidad?, ¿asistimos en realidad a un verdadero *retorno a lo sagrado*?.

2.- El retorno a lo sagrado: ¿un hecho ambiguo?

Numerosos autores anuncian *un resurgimiento* de lo religioso. Lo misterioso vuelve a interesar. Una extensa bibliografía, congresos y simposios, encuestas sobre la nueva religiosidad, el espiritismo y ocultismo vienen a demostrar que hay una demanda de lo que algunos daban como un hecho del pasado. Recordábamos, sin embargo, que estamos en presencia de un *hecho ambiguo*, difícilmente comprensible para quienes se mueven dentro de la religiosidad tradicional.

2.1. La religión, elemento constitutivo del ser humano.

En este "retorno a lo sagrado" no cuentan sólo las apreciaciones meramente negativas que hemos considerado en el apartado anterior: el fracaso de la idea del progreso indefinido y de ciertas ideologías que se presentaban como redentoras, la crisis de ciertos valores modernos, la vacuidad de intentos desmitologizadores, las frustraciones ante tantas espectativas que habían ofrecido las técnicas más sofisticadas.

Lo que parece decisivo en esta vuelta a lo sagrado es la confirmación del dato que dejó asentado, entre otros, Daniel Bell, al afirmar que: "la religión es algo tan universalmente humano como el mismo lenguaje". El mismo autor escribe: "La religión es un elemento constitutivo de la conciencia humana: como búsqueda cognoscitiva de la estructura del 'orden general' de la existencia humana; como necesidad emocional de desarrollar y santificar ciertos rituales; como necesidad primordial de trabar relación con otros hombres o con un conjunto de contenidos que dé una respuesta trascendental al propio yo; finalmente, como necesidad existencial de confrontación con el dolor y la muerte".

Rudolf Otto en su libro *Lo Santo*, habló del "sentimiento de criatura" o "sentimiento de absoluta dependencia" como definitorio del hecho religioso. El "*mysterium tremendum*" que provoca la nostalgia o el hambre divina en la humanidad se ha manifestado de diversas formas en la historia religiosa y en la historia de la espiritualidad.

¿Religiosidad mística, religiosidad profética? En cualquier caso la modernidad no parece haber borrado del hombre el sentimiento de la fascinación ante el misterio, la necesidad de expresiones rituales, el sentido del asombro y del estupor por lo heterogéneo y extraño, incluso el miedo ante los límites infranqueables. San Agustín dejó escrito en sus *Confesiones*: "¿Qué es esto que me traspasa de luz y percute en mi corazón sin herirlo? Me espanto y me enardezco. Me espanto, porque me siento disimil a ello; me enardezco, porque me siento semejante" .

Y, sin embargo, las cosas ya no son como fueron.

2.2. Los complejos caminos del "retorno a lo sagrado".

Esta "vuelta a lo religioso" -al menos en Occidente- es hoy muy compleja. No en balde ha pasado por el yunque de la modernidad. El retorno no sigue necesariamente los mismos caminos que siguió antes de ese enorme y fundamental paréntesis que significó la Ilustración.

Las Iglesias establecidas *ya no gozan de la credibilidad* que tuvieron en el pasado. Seguramente habría que remontarse al hecho de la Reforma del siglo XVI, o incluso antes, al Cisma de Occidente, para vislumbrar el inicio progresivo de la pérdida de credibilidad de las Iglesias como espacios exclusivos del fenómeno religioso.

Pero no es sólo la pérdida de cierta credibilidad de las grandes Iglesias lo que provoca búsquedas espirituales por nuevos y diferentes derroteros. Habrá que tener en cuenta, además, la variada demanda de los hombres y mujeres de nuestro tiempo para entender la proliferación de los "nuevos caminos" espirituales. A veces, las mejores y más "razonables" proposiciones religiosas, o las más "ortodoxas" -según sus fuentes originales- no son las que despiertan más hambre de sentido de Dios o mayor intensidad espiritual.

La *relevancia* de una demanda -y su correspondiente oferta religiosa- se manifiesta de múltiples maneras. (1) En algunos casos, se mide por la *unanimidad doctrinal y por la confesión de fe ortodoxa*, pero (2) en otros, parece que importa más *el comportamiento ético y la moral estricta* ya que sus fieles seguidores se sienten salvados por el cumplimiento de determinadas normas morales. A veces, (3) la "seriedad" religiosa viene determinada por *la ritualización* exacta de ceremoniales y liturgias que expresan de manera visible al que es Invisible; en otras ocasiones, por el contrario, (4) es la *intensidad emocional* y el grado de fervor desarrollado en el culto, el rasero por el que se mide la "verdad" de un grupo religioso. Finalmente -y estamos lejos de ser exhaustivos en esta panorámica- (5) es el *afán de búsqueda en lo oculto, en lo esotérico, en lo mágico* lo que va a determinar la relevancia y el atractivo de ciertas agrupaciones de carácter religioso. Un autor ha escrito: "Es esclarecedor que hoy, en tiempos de técnica avanzada, el hombre se vuelva hacia lo mágico, lo esotérico, lo parasicológico, lo misterioso, hacia aquello que no puede comprender...".

Es evidente que no siempre las Iglesias establecidas están en condiciones de ofrecer la respuesta adecuada a los buscadores de espiritualidad, ni siempre aciertan a la hora de saciar a quienes llegan a sus lugares sagrados. Es más, muchos de nuestros contemporáneos y por diferentes razones, *experimentan la necesidad de nuevas experiencias y nuevas "gnosis"* que saben de antemano que nunca podrían satisfacer las religiones convencionales.

Estas nuevas formas de espiritualidad -llámense *cultos, NMR,* o *simplemente nuevas sectas* o *sectas*- suscitan a veces cierta animosidad y brotes de beligerancia intransigente en el seno de las grandes religiones e Iglesias institucionales ante el supuesto o verdadero éxodo de sus fieles hacia las nuevas ofertas religiosas.

No es de extrañar, pues, que cuando muchas gentes vuelven su rostro hacia el *misterio tremendo* ya no lo dirijan necesariamente a la majestuosa catedral o a la parroquia católica del vecindario, al sobrio templo protestante, a la acogedora iglesia ortodoxa -repleta de iconos e inciensos- o a las sinagogas o mezquitas oficiales. Las orientaciones son múltiples. En este sentido puede hablarse con propiedad de un *desplazamiento* del lugar de lo sagrado. Hay muchos espacios nuevos, efectivamente, hacia donde se puede desplazar hoy la pregunta religiosa porque hay muchos lugares desde donde se ofrece una respuesta religiosa capaz de interesar al que busca... incluso lo insólito y extravagante.

Con la sobriedad que caracteriza los documentos de la curia romana, el *Informe Progresivo* del Secretariado Romano para la Unidad de los Cristianos dice:

"La Relación Final del Sínodo pone de relieve que la situación mundial está cambiando y que los signos de los tiempos se tienen que analizar continuamente. Se reconoce que existe hoy día un retorno a lo sagrado, y que algunos candidatos satisfacen su necesidad de lo sagrado a través de las sectas" (V, 2).